

CAPITULO XVII.

Un nuevo triunfo de Colon



COMO siempre, exhortó Colon à Luis de Vives para que tratase con la mayor consideracion á los indios, y únicamente le encargó que se apoderara del cacique Guatiguana, procurando explicar á Guarionex los motivos que impulsaban al almirante á tomar aquella determinacion.

Partió, en efecto, el emisario de Colon, y los indios, escarmentados por la derrota que habian sufrido, huian temerosos al ver á los soldados de Vives avanzar por la Vega Real.

Diego el lucayo sabia cuál era la residencia del cacique soberano, y guió hasta ella á Luis de Vives.

La poblacion estaba desierta.

Pero vió el intérprete á lo léjos á un indio, y haciéndole señas para que se acercase, fué solo hasta su encuentro.

Al verle:

—No temas nada, le dijo; venimos á ver amistosamente á vuestro soberano Guarionex para que vaya á vernos.

—Guarionex está en el Cibao.

—Pues es preciso que vayas á avisarle. Dile que puede venir con todos los guerreros que quiera. No es el ánimo de Colon maltratarle, sino conferenciar con él para proponerle la paz. Ve en su busca, manifiéstaselo y dile que le esperamos en su residencia.

El indio que era un espía de Guarionex, por atajos llegó al Cibao muy pronto, y comunicó á su dueño y señor las noticias que le habia dado el lucayo.

Los caciques soberanos concertaban á la sazón los medios de salir al encuentro de los españoles.

La noticia que le comunicó el indio á Guarionex, y que éste trasmitió á sus amigos, los puso en la mayor perplejidad.

Todos creyeron que no debian acceder á los deseos de Colon.

—Y sin embargo, dijo Guarionex, en mi concepto, esta es una ocasion favorable á nuestros designios.

—¡Si fuera una emboscada!..... dijo Boechio.

—No será; pero si lo fuere, yo inmolaria gustoso mi vida en la seguridad de que, indignados todos los indios, harian pagar muy cara mi muerte á los españoles. Pero yo no creo que se atrevan á tenderme un lazo, y por el contrario veo una proporcion excelente de conocer á fondo los elementos que tienen los extranjeros, de contar á sus soldados, de adivinar sus deseos, y estoy resuelto á ello.

—Vé en buen hora, dijo Caonabo; comprendo el sentimiento que te incita á obrar de esa manera. Yo en tu lugar tambien arrostraria el peligro.

Pero aprovecha esta ocasion para demostrarle las fuerzas que tenemos: vé en son de paz, pero que te acompañen los mejores guerreros, y que se quede á alguna distancia de la colonia, en donde ha de recibirte el almirante, un numeroso ejército de indios.

De este modo podrán á su vez medir nuestras fuerzas y temblarán.

Umatex, jefe de los ciguayos, pidió que le dejasen dar la guardia de honor de Guarionex, y al dia siguiente, con gran pompa, se dirigió el cacique llamado por Colon, en compañía

de sus mujeres, de su hija predilecta Alfaiila, de sus butios, y escoltado por Umatex y los ciguayos, á la Vega Real, donde le esperaba Luis de Vives para comunicarle la embajada que cerca de su persona le habia confiado el almirante.

Luis de Vives formó sus tropas en columna de honor, y al llegar Guarionex se adelantó acompañado del lucayo para ofrecerle sus respetos.

—Mi señor, dijo Luis de Vives, el almirante de los Reyes Católicos de España, me envía á tí para pedirte en su nombre y para rogarte que vayas á la colonia de la Isabela á celebrar con él una entrevista, en la cual, convencido de los nobles sentimientos que le animan, podrás rechazar ó aceptar la amistad que desea ofrecerte.

—Dispuesto estoy á complacer al almirante, respondió Guarionex.

—En ese caso, nuestro intérprete te acompañará con diez soldados, que te darán la guardia de honor. Al mismo tiempo tengo que pedirte licencia para buscar á uno de tus caciques, Guatiguana, y llevarle prisionero á presencia del almirante.

—¿Es esa tu voluntad?

—Lo es, porque ha cometido un horroroso crimen.

—Búscale y llévale, dijo Guarionex.

Y dando sus órdenes, con toda su comitiva y diez soldados que destinó Luis de Vives para que le escoltaran, se dirigió á la colonia de la Isabela.

Por el camino conversó Guarionex con el intérprete.

Se informó acerca de las intenciones del almirante, y al comprender el importante papel que el jóven lucayo desempeñaba á sus órdenes, cruzó por su mente la idea de arrebatárle tan precioso servidor.

Alfaiila, que amaba á su padre, comprendió sus deseos y

comenzó á poner en juego sus gracias femeniles para llamar la atención del jóven lucayo.

Dos soldados se adelantaron para anunciar la llegada del cacique.

Colon lo habia dispuesto todo para deslumbrarlos con su magnificencia.

Apénas entró en la colonia echaron á vuelo la campana de la iglesia que habian fabricado los españoles.

Aquel sonido, aquel objeto que daba vueltas precipitadas, sorprendió en extremo al cacique, y tanto él como los demas indios que le acompañaban, permanecieron extáticos contemplando aquello que les parecia una maravilla.

Los soldados, los marineros y los eclesiásticos de la colonia estaban vestidos con sus mejores galas.

El sol iluminaba con sus rayos los acerados coseletes y los cascos de los guerreros, y se reflejaba sobre el oro y las piedras preciosas de los eclesiásticos, que salieron á la puerta de la iglesia á recibir al huésped.

Antes de llegar á los límites de la colonia, se detuvo el ejército indio.

Los que formaban la vanguardia iban armados con flechas.

Poco más adelante hicieron alto los ciguayos con su jefe Umatex, y Guarionex con su hija, sus mujeres, sus butios y su servidumbre, llegó hasta la puerta del palacio del almirante, donde le esperaba éste para recibirle.

Ofrecióle un asiento á su diestra, y le habló de este modo:

—Salud y paz, cacique de la Vega Real: te he enviado á llamar porque quiero ser tu amigo. Si algun motivo de queja tienes y tienen tus hermanos de nosotros, la culpa no es tuya ni de mis leales servidores.

Enviado por los reyes más poderosos del mundo á estos climas, he venido á traeros el bienestar, la prosperidad, el

apogeo; he venido à libraros de vuestros enemigos, los caribes, cuyas islas he sometido, y al establecerme aquí, al desplegar al viento la bandera de mi nacion, vuestra amistad, no vuestro odio, es lo que busco.

—¡Que Vagoniana te bendiga! exclamó Guarionex.

—Sé que tienes motivos, añadió Colon, para quejarte de mis soldados. Algunos de ellos, desobedeciendo mis órdenes, han invadido tu territorio, han saqueado las casas de tus vasallos y han cometido toda clase de excesos; pero ya sufren el castigo.

Han abusado de vuestra paciencia, de vuestra bondad, y es justo vuestro rencor; por eso te he llamado. Sé que eres bueno y generoso; sé que no abrigas el sentimiento del rencor en tu alma; que si deseas nuestra ruina es impulsado por la justa indignacion que arde en tu pecho.

Yo no quiero la guerra. Podria muy bien con el rayo que tienen mis soldados destruir tus ciudades, incendiar tus florestas, sembrar la muerte entre los tuyos; pero mis armas solo han de volverse contra los desleales y los indómitos.

Deseo la paz y te la ofrezco. Si olvidas tu rencor, si borras el odio que nos profesan del corazon de todos tus hermanos, viviremos á vuestro lado velando por vuestra tranquilidad, y os ofreceremos las ricas semillas que hemos traído de España para aumentar la riqueza de vuestros campos y ofreceremos mayores goces que los que disfrutais.

La raza de nuestros caballos, que tanta admiracion os causa, se multiplicará; y tambien vosotros, con el tiempo, podreis dominar á esos briosos corceles que con las alas del viento llevan mis guerreros en breve espacio de uno á otro extremo de la isla.

En cambio del oro que hay en las entrañas del Cibao, y que no queremos arrebatáros por la fuerza, os ofreceremos

todos esos objetos que tanto os agradan, que tanto deseais poseer.

Guarionex, que no habia visto nunca de cerca á los españoles, estaba extasiado contemplando la magnificencia de sus vestiduras, la blancura de sus facciones y la expresion de su fisonomía.

Sin ser bondadoso como Guacanajari, era bastante impresionable, y, por otra parte, la idea de la paz con la posesion de los objetos que tanto admiraba, le pareció mucho más grata que la de la guerra.

—Quiero que permanezcas en mi compañía dos ó tres dias, dijo Colon al cacique. Visitarás las casas, mi palacio, el templo que hemos erigido á nuestro Dios; vendrás á ver mis embarcaciones, y despues responderás á la proposicion que te he hecho.

La primera disposicion que tomó Guarionex para dar á Colon una idea de la confianza que tenia en él, fué despedir á los ciguayos y á los indios, manifestándoles que se creia seguro, y dándoles órden de que dijeran à Cacnabo cuán amistoso habia sido el recibimiento que le habia dispensado el almirante.

Quedó, pues, indefenso en poder de Colon, y no faltó quien entónces aconsejara al almirante que se apoderara de él.

Pero Colon rechazó indignado esta proposicion.

—¿Qué idea formarian de nosotros si cometiese semejante infamia?

—Tienes razon, dijo Bartolomé, el enemigo que se entrega indefenso deja de ser enemigo. Si es preciso pelear, pelearemos en campo abierto. Aquí aun de sus mismos compatriotas debemos defenderle.

Todo estaba dispuesto para el banquete con que queria Colon obsequiar á su huésped, y entrando en el palacio, despues de enseñarle todas sus habitaciones, se sentaron á la mesa.